



TRABAJO FIN DE GRADO
PUBLICIDAD Y RR.PP.

ACTUALIDAD ORWELLIANA:

LA DISTOPÍA DE LA QUE EL SER
HUMANO JAMÁS PODRÁ
DESHACERSE

POR DIEGO CABALLERO JESÚS

ADRIÁN HUICI MÓDENES
COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL,
PUBLICIDAD Y LITERATURA

ÍNDICE

1. CONTEXTO E INTRODUCCIÓN	7
1.1 ¿Quién es George Orwell?	7
1.2 La ficción distópica	8
2. RESUMEN Y PALABRAS-CLAVE	10
3. 1984, LA OBRA CUMBRE DE ORWELL. JUSTIFICACIÓN DEL TRABAJO	13
4. ACTUALIDAD ORWELLIANA	14
4.1 1948 – 1984 – 2014	14
4.2 La sociedad establecida y el <i>control de la realidad</i>	16
4.3 Medios de comunicación y propaganda: El culto al líder y la <i>creación de la realidad</i>	20
4.4 <i>Proles</i> y ciudadanos, libertad y mentira	28
5. EL CASO DE GOOGLE: EL GRAN HERMANO INESPERADO	31
6. CONCLUSIONES	34
7. ANEXOS	36
7.1 Revisión de eslóganes	36
8. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	40

1. CONTEXTO E INTRODUCCIÓN

1.1 ¿Quién es George Orwell?

Eric Arthur Blair, más conocido bajo su seudónimo George Orwell, nació en Motihari, la India, en 1903 y fue uno de los escritores de habla inglesa más prestigiosos del siglo XX.

Hijo de Ida Mabel Limouzin Blair, de ascendencia birmana, y de Richard Wamsley, administrador del Ministerio del Opio del gobierno indio, Orwell siempre se caracterizó por su firme posicionamiento en contra del imperialismo británico, a pesar de haberse unido a la Policía Imperial India destinada en Birmania entre los años 1922 y 1927.

Posteriormente, regresó a Inglaterra, donde había pasado su época de estudiante, e intentó abrirse camino como escritor primero en Londres y luego en París. De esta etapa data su novela *Sin blanca en París y Londres* (1933), donde narra las pésimas condiciones de vida de los sin hogar y de los pobres en general. Pobreza que el propio Orwell conoció en aquellos años.

En 1936, Orwell viajó a Barcelona en plena Guerra Civil (1936-1939) y, tras alistarse al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), acabó luchando en el bando republicano. De este período surge su *Homenaje a Cataluña* (1938), en el cual describe su experiencia bélica en España, una de las que a la postre más marcaría su vida, y culpa al Partido Comunista Español (PCE) y a la Unión Soviética de la debacle del anarquismo español y el posterior triunfo de la Falange. Desde entonces, Orwell comenzaría a definirse a sí mismo políticamente como un “socialista demócrata”.

Toda la obra de Orwell fue fruto de su actividad política y reflejó la constante lucha del ser humano contra las reglas sociales y el orden establecido. Sin ir más lejos, sus títulos más populares, *Rebelión en la granja* (1945) y *1984* (1949), son novelas de ficción en las que el escritor británico describe una sociedad totalitaria en la que el control sobre los ciudadanos es máximo. Ambas son referentes del género de literatura distópica o antiutópica.

En *Rebelión en la granja*, representa el sistema socialista soviético en forma de parodia en la que los personajes son animales de una granja que se rebelan

contra los hombres, sus dueños, para establecer posteriormente una estructura social peor que la anterior.

1984, escrita en 1948 y publicada un año después, lleva como título el año en el que se ubica la trama. En la novela, Orwell predice una sociedad claramente totalitarista en la que emerge la figura del Gran Hermano, *el ojo que todo lo ve* y que controla cada paso que dan los ciudadanos de Oceanía, el estado ficticio en el que el protagonista, Winston Smith, malvive tratando de evitar la omnipresencia del citado líder político.

Estas dos obras convirtieron a E. Arthur Blair en, no solamente uno de los escritores más sobresalientes en la literatura del siglo pasado, sino en un impulsor de un género que más tarde marcaría un camino a seguir en la ficción, ya fuera esta de carácter literario o audiovisual.

Orwell murió de tuberculosis el 21 de enero de 1950.

1.2 La ficción distópica

La ficción distópica es un género literario que nace como evolución de la ficción utópica (*utopía*, del griego *ou* y *topos*: *lugar que no existe*), término que define una creación que describe un mundo ideal donde supuestamente todo es perfecto. La distopía, por su parte, constituye una sociedad que, buscando la perfección, acaba convirtiéndose en indeseable dado el nivel de opresión que sufren sus ciudadanos.

Con la publicación y posterior éxito de *1984*, George Orwell se convirtió en referente de un género que comenzó siendo impulsado por la novela *Nosotros*, del escritor ruso Yevgueni Zamiatin, que vio la luz en el año 1921. La obra mantiene muchas similitudes con la de Orwell; tanto es así, que el novelista británico ha llegado a ser acusado de plagio.

En *Nosotros*, Zamiatin idea una ciudad donde los habitantes de la misma viven en casas de cristal que impiden la privacidad, no responden a nombres, sino a siglas (el protagonista es llamado D-503), y sus vidas se rigen en torno a un único objetivo: la eficiencia en la producción.

Aunque *Nosotros* y *1984* son las dos creaciones más trascendentales del género, existen otras muchas que han marcado un antes y un después en la historia del mismo. *Un mundo feliz*, del británico Aldous Huxley, es la tercera en discordia y describe una utopía un tanto irónica en la que la guerra y la pobreza han sido eliminadas y el desarrollo de la tecnología reproductiva hace que el ser humano se vea “obligado” a ser feliz.

Otros referentes del género son *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury, y *El fugitivo*, de Stephen King.

2. RESUMEN Y PALABRAS-CLAVE

Este estudio sirve para analizar la trascendencia de la obra cumbre de Orwell, 1984, más allá del plano meramente literario. La cualidad político-filosófica de la novela convierte a algunos de sus aspectos en actuales y es por ello por lo que en el trabajo se comparan algunos de ellos con sus equivalentes en la sociedad contemporánea.

Palabras-clave: *Orwell, 1984, distopía, literatura, Gran Hermano.*

This paper is used for analyzing the transcendence of Orwell's masterpiece 1984 beyond the literary scene. The political-philosophical quality of the well-known novel turns some of its features into current aspects and that is the reason why the project compares some of them with their equals in the contemporary society.

Keywords: Orwell, 1984, dystopia, literature, Big Brother.

Эта статья используется для анализа трансцендентности шедевра Оруэлла 1984 вне рамок литературы Политико-философические качества известного романа проецируют некоторые из его особенностей в настоящее время. И это является причиной почему проект сравнивают с его трудами его коллег из современного общества.

Ключевые слова: Оруэлла, 1984, Антиутопия, Литература, Старший Брат.

3. 1984, LA OBRA CUMBRE DE ORWELL. JUSTIFICACIÓN DEL TRABAJO.

1984 es una obra de obligada lectura para un estudiante de comunicación por una simple razón: a pesar de no ser una novela que trate puramente sobre la propaganda o la comunicación política, transmite la visión del mundo que tiene el ser humano de la primera mitad del siglo XX, inmerso en un punto crucial de la historia moderna, en el que el capitalismo comenzaría a ganarle la batalla al comunismo, provocando el cambio que alejaría de la realidad a la propia ficción distópica descrita por Orwell.

A pesar de tratarse de un libro de ficción, plasma a la perfección la situación política de la época y el resultado de la misma con el engendramiento de un temor sin igual de la sociedad hacia todo tipo de totalitarismo. No sólo eso, sino que también refleja ese carácter rebelde de la juventud contemporánea, siempre en contra del poder establecido.

Se trata de la obra cumbre del escritor británico, dado que, tras pasar de simpatizar con movimientos marxistas y acabar encuadrándose a sí mismo en el socialismo democrático, es en la que verdaderamente expone su rechazo a los totalitarismos como principio fundamental de su pensamiento político.

La comparación de la novela con la situación actual del mundo sirve, no sólo para atisbar las diferencias y las semejanzas, sino también para analizar cómo la distopía orwelliana ha contribuido a generar una conciencia social que ha desembocado en el repudio de la población hacia cualquier forma de opresión ciudadana.

4. ACTUALIDAD ORWELLIANA

4.1 1948 – 1984 – 2014

Es innegable que la obra cumbre de Orwell está claramente influenciada por los totalitarismos que al escritor británico le tocó vivir. El estalinismo y el nazismo azotaron Europa en la primera mitad del siglo XX y cambiaron para siempre el curso del viejo continente y del mundo en general.

En la década en la que fue publicada *1984*, el clima de la Guerra Fría no hacía más que atisbar un futuro muy desalentador en el que los gobiernos se impondrían implacablemente a sus ciudadanos. En cambio, en el año en el que la trama de la novela se sitúa, esa atmósfera sociopolítica se había relajado y la época dorada de la ciencia ficción hacía pronosticar un destino bastante más tolerable para el ser humano.

Lejos de ese universo paralelo en el que el totalitarismo campa a sus anchas, la sociedad actual es muy diferente a la que Orwell profetizó, pero sí existen ciertas similitudes, al parecer insalvables, inherentes a la naturaleza humana.

La principal analogía no es otra que el sistema de control que imponen hoy día los dominantes sobre los dominados, la estrategia que siguen las fichas en el tablero político mundial. El capitalismo le ganó la partida al comunismo y terminó estableciendo **la dictadura de la economía** como la forma de organizar el mundo en el que vivimos.

Si bien en la ficticia Oceanía y en sus, a veces aliadas, a veces enemigas, Eurasia y Asia Oriental es la guerra lo que mueve al mundo, lo que mantiene los engranajes del sistema bien unidos, en nuestra sociedad lo es el capital.

Sin ir más lejos, Estados Unidos, principal potencia en el orden mundial presente, la cual ha impuesto la tiranía del dólar en nuestro planeta, basa la construcción de su imperio “acogiendo abiertamente una doctrina de guerra permanente e intervención militar en cualquier lugar del mundo, con el consentimiento de Europa y Japón” (PETRAS, 2006: p.153), estrategia que recuerda a la búsqueda del continuo conflicto bélico de las tres superpotencias de *1984*.

El dinero lo es todo en el siglo XXI. El mercado es global y el sistema económico es tan fuerte que incluso algunos analistas políticos ya hablan de “la desaparición de las ideologías” y del auge de las élites financieras y del corporativismo en una estructura inquebrantable dominada por un falso bipartidismo. En este sentido, el politólogo estadounidense Francis Fukuyama ya afirmaba a comienzos de la década de los 90 que estábamos presenciando “no sólo el final de la Guerra Fría, sino el de la historia como tal; esto es, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal de Occidente como última forma de gobierno humano” (1992).

Si la economía es la guerra de hoy, los **medios de comunicación** suponen el campo de batalla y la información los misiles. En 1984, el partido único, el Ingsoc, ejerce el control de la población de manera opresora a través de los medios. El miedo y el odio son difundidos a través de ellos con el objetivo primordial de la sustentación de poder y de la sublevación de los oceánicos, los cuales no son conscientes de su propio poder debido al miedo y por su total ignorancia de los hechos que acontecen.

Algo muy parecido ocurre hoy como consecuencia de la **cultura del entretenimiento** en la que vivimos y que, al igual que sucede con la miserable vida de los habitantes de la Oceanía orwelliana, sirve de maniobra de distracción perfecta para los gobernantes.

Son los propios medios de comunicación los que promueven el llamado *establishment*, esto es, una **sociedad establecida** en la que sus ciudadanos son incapaces de imaginar una vida mejor. En 1984, esto se consigue mediante la manipulación del pasado (el llamado *control de la realidad*), la alteración e incluso destrucción sistemática de toda la historia.

El equilibrio entre las sociedades oceánicas, eurasiáticas y orientales se obtiene mediante un estado bélico permanente en el que no hay vencedores ni vencidos, sino que sirve para, tal y como se asegura en el libro ficticio escrito por Goldstein, el enemigo del Gran Hermano, “no conquistar territorios ni defenderlos, sino para mantener intacta la estructura de la sociedad”, además de, cómo no, para eliminar el excedente de productos y “gastar trabajo sin producir nada que pudiera ser consumido” (ORWELL, 2009: p.222).

En nuestros días, los conflictos armados también son motivados con fines más allá de los meramente bélicos. Sin ir más lejos, existe la creencia generalizada de que muchas de las guerras contemporáneas son provocadas para reactivar el intercambio de bienes (armas) y capital en etapas de recesión.

Es la guerra la que dibuja el mapa político global en ambas sociedades, tanto en la orwelliana como en la nuestra. En la primera, Oceanía, en uno de los puntos cumbres de la trama, pasa de ser aliada de Asia Oriental y enemiga de Eurasia a la situación opuesta. A partir de ese momento, el pasado no existe y Oceanía siempre fue un socio del Estado eurasiático.

Resulta inevitable señalar el paralelismo que esto supone con algunos hechos cruciales que marcaron el devenir político de nuestra sociedad en las últimas décadas. Por ejemplo, EE.UU., aún en la Guerra Fría, formó alianza con los talibanes, grupo opositor a la antigua URSS. Posteriormente, ya en los últimos años del siglo pasado y en los primeros del presente, el gobierno estadounidense declaró la guerra abierta a Afganistán y a su grupo armado más radical: los propios talibanes.

Existen muchos otros ejemplos: la Francia que unió a todo Occidente en la lucha contra Libia mantuvo en su momento muy buenas relaciones con Muamar el Gadafi, gobernante del país del Magreb, Iósif Stalin firmó un pacto con EE.UU. en su lucha contra Adolf Hitler y hasta el propio José María Aznar llegó a acuerdos con Venezuela para la venta y compra de material armamentístico.

La cuestión es que, a la hora de la verdad, siempre prevalece el principal objetivo: la sustentación de poder, ya sea a través de enfrentamientos bélicos, económicos o mediáticos

4.2 La sociedad establecida y el *control de la realidad*

La trama de *1984* se sitúa en el estado ficticio de Oceanía, el cual correspondería a la unión de Gran Bretaña, Irlanda, EEUU, Canadá y Oceanía, además de los territorios disputados en América, África y el Polo Sur.

El sistema político dibujado por Orwell gira en torno a la figura del Gran Hermano y está diseñado para alienar al individuo, para convertirlo en un ente

incapaz de pensar por sí mismo, sumido en una sociedad jerárquica basada en la pobreza y en la ignorancia.

Se trata de una sociedad distópica, cerrada, que aspira a la perfección a través de la realización del ideal del Ingsoc. Se convence a los ciudadanos de que todo lo exterior es negativo y se implanta el mensaje de que solamente el Gran Hermano y el Partido traen el bien para Oceanía.

Los individuos que no siguen los principios del Ingsoc son eliminados o, utilizando la terminología orwelliana, “vaporizados”, procedimiento que hace recordar a los miles de desaparecidos durante las dictaduras de Augusto Pinochet en Chile, Jorge Videla en Argentina o Francisco Franco en España.

El control se ejerce desde los cuatro famosos ministerios de nombres contradictorios:

El Ministerio de la Verdad, que se ocupa de la mentira.

El Ministerio de la Paz, que se ocupa de la guerra.

El Ministerio del Amor, que se ocupa del odio y la tortura.

El Ministerio de la Abundancia, que se ocupa de la pobreza.

Este control social se aplica en distintos niveles:

- a) La guerra contra el enemigo físico y el enemigo ideológico.

Se consigue la cohesión de la sociedad en torno a dos oponentes: por un lado, el exterior, con el que realmente se busca ese equilibrio bélico (Eurasia o Asia Oriental) y, por otro lado, el interior, Emmanuel Goldstein, líder de la supuesta Hermandad que lucha secretamente contra el Partido.

El principio que se sigue es básico y aplicable a cualquier organización dictatorial: el pueblo debe odiar a Goldstein y a la potencia enemiga en cuestión. Sólo de esa manera será posible amar al Gran Hermano.

b) La guerra contra el *crimental*.

Se trata de fomentar la participación del ciudadano en el sistema represor. Los habitantes de la Oceanía orwelliana están tan inmersos en esta estructura social que son capaces incluso de denunciar a sus propios familiares si comprueban que alguno de ellos ha cometido el llamado *crimental* (término en neolengua para *crimen mental*), esto es, el delito del pensamiento opuesto al *doblepensar* por el cual algunos individuos no convencidos completamente de que el Ingsoc es el poseedor de la verdad acaban delatándose a sí mismos.

Este tipo de prácticas también ocurren en nuestro mundo. En la Alemania nazi, los llamados *camisas pardas* delataban a cualquier persona, ya fueran desconocidos, vecinos o familiares, bajo su famoso lema “Toda oposición ha de ser aniquilada”. También, en la Túnez bajo el mando del dictador Ben Ali, se especulaba que alrededor de un 10% de la población pasaba frecuentemente información al Estado.

No obstante, la principal analogía con la lucha contra el *crimental* tuvo lugar poco después de que *1984* fuera publicada. Se trata de la famosa *caza de brujas* del Senador McCarthy en plena Guerra Fría, mediante la cual se perseguía a personas, principalmente a artistas y/o personajes de renombre, y se les acusaba de antipatriotas sólo por ser sospechosos de ser comunistas.

c) La guerra contra lo humano.

Consiste en despojar a todas las personas de cualquier sentimiento inherente al ser humano excepto de dos: el odio (hacia el enemigo, los traidores, los criminales del pensamiento) y el amor (hacia el Gran Hermano).

El ciudadano debe acudir a los actos de fe contra los enemigos del Partido (Dos Minutos del Odio), no se deben tener conductas sospechosas en el ámbito público ni intentar evitar la vigilancia de la *telepantalla*.

El tema de la abstinencia sexual, implantada por el régimen del Ingsoc, es el que mejor refleja el punto hasta el que llega esta deshumanización de los habitantes de Oceanía. En un extracto de la novela, se lee: “Lo más importante era que la represión sexual conducía a la histeria, lo cual era deseable ya que se podía transformar en una fiebre guerrera y en adoración al líder” (Orwell, ob.cit., p.148).

Sin embargo, la herramienta que verdaderamente mantiene cohesionada a la sociedad oceánica es el llamado **control de la realidad**. Esto consiste en la alteración del pasado como principal método para dar veracidad a un cambio político de gran magnitud.

Por ejemplo, en un fragmento del libro, en el transcurso de la Semana del Odio, Winston asiste a un discurso populista en medio del cual se anuncia que Eurasia deja de ser rival para convertirse en aliada de Oceanía en una nueva contienda contra Asia Oriental. A partir de entonces, el aparato mediático del Ingsoc, con todos los empleados de sus cuatro ministerios doblando turnos y llegando incluso a trabajar 40 horas seguidas, necesita alterar cualquier registro que pudiera indicar que en el pasado Eurasia había sido enemiga de Oceanía.

El propio Winston Smith lo define en una de las frases más conocidas de la obra: “El que controla el pasado controla el futuro; y el que controla el presente controla el pasado” (Orwell, ob.cit., p.39).

Winston, que trabaja en el Ministerio de la Verdad, es uno de los ejecutores de la transformación que requiere que cada uno de los miembros del Partido realice el proceso psicológico llamado **doblepensar**, mediante el cual el sujeto mantiene dos opiniones contradictorias simultáneamente y olvida lo que debe ser destruido para sustituirlo por un nuevo pasado que otorgue autenticidad al nuevo presente sociopolítico. En palabras del mismo Orwell: “**Doblepensar** consistía en inducir conscientemente a la inconsciencia, y luego hacerse inconsciente, para no reconocer que se había realizado un acto de autosugestión” (Orwell, ob.cit., p.40).

Es posible que, a la hora de dejar constancia de esta suerte de profecía (siempre influida por el mundo que le tocó vivir), Orwell jamás atisbara lo crucial

que acabaría siendo la técnica de la alteración de la realidad en el sistema sociopolítico de su futuro, nuestro presente.

Y es que, en nuestro mundo, no sólo se altera la realidad, se disfraza la verdad, se manipula el pasado y se proyectan futuros esperanzadores; se consigue incluso la creación de nuevas realidades a través de esa ventana global que suponen los medios de comunicación de masas.

Hoy en día, lo que no está en los medios, sencillamente no existe.

4.3 Medios de comunicación y propaganda: El culto al líder y la creación de la realidad

La Oceanía dibujada por Orwell es una dictadura totalitarista gobernada por el Ingsoc (término en neolengua para *socialismo inglés*), el Partido único que practica un autoritarismo sin límites sobre sus ciudadanos.

El Gran Hermano es el fiel reflejo de la crítica del escritor británico hacia cualquier tipo de absolutismo, más allá del comunismo estalinista, de la Alemania nazi o de cualquier otra forma de tiranía. Es la crítica de Orwell de carácter más universal y por ella se le ha llegado a acusar de capitalista, a pesar de que se siguiera considerando a sí mismo socialista hasta el fin de sus días.

El Estado se encuentra completamente cerrado al exterior, del que no llegan informaciones que no sean filtradas y/o eliminadas por el aparato censor. No existe opinión pública ni participación ciudadana de ninguna índole en la esfera política.

No obstante, el gobierno necesita de ciertas artimañas para asegurarse el mantenimiento del poder. El principal objetivo para conseguirlo se basa en atacar y destruir la capacidad de los individuos de tomar sus propias decisiones y confiar en su propia inteligencia y sentido común. Esto se consigue a través del ya estudiado *control de la realidad* y, sobre todo, del concepto del *paracrimen*, el cual se antoja imprescindible en cuanto a la inutilización de la sociedad se refiere.

En un fragmento de la novela, se lee:

Paracrimen significa la facultad de parar, de cortar en seco, de un modo casi instintivo, todo pensamiento peligroso que pretenda salir a la superficie. Incluye esta facultad la de no percibir las analogías, de no darse cuenta de los errores de lógica, de no comprender los razonamientos más sencillos si son contrarios a los principios del Ingsoc y de sentirse fastidiado e incluso asqueado por todo pensamiento orientado en una dirección herética. Paracrimen equivale, pues, a estupidez protectora.

(Orwell, ob.cit., p.236).

Es un proceso psicológico similar al de la percepción selectiva, ese por el cual los seres humanos rechazamos toda la información que recibimos que no es acorde a nuestros ideales, nuestros valores, nuestros prejuicios.

El propio Winston Smith sufre los efectos del *paracrimen* cuando, ya cometido el *crimetal*, se decide a escribir su diario. En él, Winston se ve incapaz de reflejar sus pensamientos, de plasmar en el papel cualquier cosa que no sea leal a lo que dicta *el ojo que todo lo ve*. Es por eso por lo que, aunque pretendía dar forma a sus reflexiones *antiestablishment*, acaba resumiendo lo que hizo la tarde anterior. Le han sustraído la capacidad de raciocinio. Le han convertido en un ser mentalmente inválido a través de la modificación de la conciencia, procedimiento que se antoja crucial para que “la gente no perciba que está viviendo en condiciones de alienación, opresión o subordinación” (CHOMSKY, 2009).

Si bien el Partido dispone de una serie de técnicas de control social para mantenerse en el poder, también necesita de un aparato propagandístico que dé forma a los mensajes que refuerzan el amor de su pueblo por el Gran Hermano.

La propaganda del Ingsoc se resume en los tres famosos eslóganes que los oceánicos advierten prácticamente en todo momento:

LA GUERRA ES LA PAZ.

LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD.

LA IGNORANCIA ES LA FUERZA.

Las consignas, que recuerdan al famoso mandamiento de *Rebelión en la granja* que reza “Todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros” (ORWELL, 2007) parecen de carácter contradictorio, pero reflejan claramente la coyuntura política de Oceanía.

La guerra es la paz, porque el continuo estado bélico en el que la nación vive para con sus enemigos proporciona una situación de calma de puertas para adentro.

La libertad es la esclavitud, porque la sumisión del pueblo oceánico ante los principios del Ingsoc y el Gran Hermano conlleva la libertad del Partido para ejercer su dominio a través del aparato represor y así implantar más sólidamente sus ideales en la sociedad.

La ignorancia es la fuerza, porque en la ineptitud del individuo es donde verdaderamente reside la firmeza del Partido.

A pesar de su apariencia discordante, que podría llevar a pensar que sólo podrían tener cabida en la literatura de ficción, en nuestra realidad también tienen lugar este tipo de paradojas a nivel comunicativo. Sin ir más lejos, el imperialismo de los Estados Unidos se basa en el plano bélico en un objetivo primordial que a primera vista podría parecer incoherente: implantar su modelo político, social y cultural allá donde la nación tenga intereses económicos. En otras palabras, **imponer la libertad** a toda costa, buscar la paz a través de la guerra.

Para alcanzar este propósito colonialista es necesaria la guerra, pero también la comunicación. A lo largo de la historia, ningún líder ha conseguido perpetuar su poder exclusivamente con el uso de la violencia, ni siquiera el ficticio Gran

Hermano de Orwell, que necesitaba del ya estudiado *control de realidad* para imponer su ideal entre el colectivo. La necesidad de la propaganda en cualquier sistema político es ratificada por el escritor francés Jean-Marie Domenech en su obra *La propaganda política*:

La propaganda política es uno de los fenómenos dominantes en la primera mitad del siglo XX. Sin ella serían inconcebibles las grandes conmociones de nuestra época, la revolución comunista y el fascismo. Fue en gran parte gracias a ella que Lenin pudo establecer el bolchevismo; y esencialmente a ella Hitler debió sus victorias, desde la toma del poder hasta la invasión del 40. Los dos hombres que han marcado más profundamente, aunque de manera muy distinta, nuestra reciente historia son, antes que hombres de estado y jefes militares, dos genios de la propaganda que proclamaron la supremacía de esta arma moderna.

(1986: p.5).

En la Alemania nazi, el gobierno de Hitler llevó la propaganda a su máxima expresión para extender su mensaje antisemita entre la población. El propio Joseph Goebbels, Ministro de Propaganda, acabó, con el tiempo, siendo considerado uno de los mejores comunicadores políticos de todos los tiempos. De hecho, en algunos fragmentos de la novela se atisban ciertas semejanzas entre la propaganda de guerra del Tercer Reich y la del Ingsoc, ya que ambas se caracterizan por la búsqueda de la unión del pueblo a través del ensalzamiento de las victorias propias y del aniquilamiento del enemigo.

Sirva de ejemplo el siguiente extracto, transmitido por la *telepantalla* a los ciudadanos de Oceanía: “Atención. ¡Vuestra atención, por favor! En estos momentos nos llega un notirrelámpago del frente malabar. Nuestras fuerzas han logrado una gloriosa victoria en el sur de la India. La batalla puede aproximarnos al fin de la guerra” (Orwell, ob.cit., p.29).

La opresión siempre es acompañada de la palabra en todo régimen autoritario. Otro caso es el de la Corea del Norte actual, en la cual el pueblo vive totalmente sometido a merced de un líder, Kim Jong-un, cuya falta de carisma es diariamente subsanada a través de unos medios de comunicación totalmente controlados por el Estado que ayudan a realzar su figura emitiendo

imágenes constantemente del supuesto ídolo en los principales noticieros del país.

Es en **la figura del líder** donde reside el poder de otra de las armas propagandísticas de mayor calado del Ingsoc. El Gran Hermano se erige no sólo como jefe político, sino como ídolo, como héroe. El Gran Hermano es Dios. Es, como se les recuerda a los oceánicos de forma constante, y en clara referencia al mítico Ojo de Horus, *el ojo que todo lo ve* y que nunca ha sido visto más allá de los carteles y la *telepantalla*.

Para reforzar su imagen, se hace uso de la técnica de publicidad política por antonomasia: la llamada *self-promotional* (comunicación centrada en el candidato), esta vez llevada a la máxima expresión que sólo un sistema totalitario puede lograr.

Oceanía es como un gran cartel presidido por la imagen del adalid. Como Winston comprueba en un pasaje del principio de la novela, el rostro del Gran Hermano está en todas partes: “en las monedas, en los sellos de correo, en pancartas, en las envolturas de los paquetes de los cigarrillos, en las portadas de los libros, en todas partes. Siempre los ojos que os contemplaban y la voz que os envolvía” (Orwell, ob.cit., p.31).

La mejor manera de fortalecer unos ideales tan ambiciosos es la personalización de los mismos, la creación de un personaje, casi deidad, que absorba todos los valores del Partido y al que se le asignen otros tantos que sean de carácter popular, con los que el pueblo se identifique.

El carácter omnipresente del caudillo produce la guinda final para que el mensaje cuaje entre la gente: el miedo, el cual es conveniente esparcirlo entre la población para que cada uno de sus habitantes se convierta en un ser manipulable al que se le pueda controlar y clasificar fácilmente (MATTELART, 2009: p.102). Al sentirse observado, el ciudadano acaba doblegándose ante el invencible. El Gran Hermano es indestructible, al igual que parece ser en nuestros días el llamado *establishment*.

Dictadores como Francisco Franco o Benito Mussolini emplearon la misma técnica propagandística por la que el individuo se halla a sí mismo vigilado en

todo momento y genera dos posibles respuestas que conducen al sometimiento: el apego, el amor hacia el líder, o el pánico al castigo. No obstante, siempre existen insurgentes; incluso en el utópico universo de 1984 el Gobierno necesita la existencia de un brutal aparato represor que ajusticie, que “vaporice” a los rebeldes.

También en la Revolución Cubana se da este fenómeno. La figura del ‘Che’ Guevara fue frecuentemente utilizada por el gobierno de Fidel Castro, ya no para provocar temor entre el pueblo, sino para hacer recordar la causa de la revolución. Es otra forma de conseguir la perpetuación del poder.

Al igual que el poder, el miedo necesita un rostro para persistir en el colectivo. En este caso es el de Emmanuel Goldstein, el supuesto cabecilla de la secreta Hermandad, la cual, ya sea real o una simple invención del Partido con fines propagandísticos, es el centro de todo el odio derrochado por la masa oceánica.

Tal y como sucede con el Gran Hermano, la imagen de Goldstein aparece continuamente en la *telepantalla*, en este caso para recordarle al pueblo hacia donde tiene que dirigir esa ira generada por los ideales del Ingsoc. Los famosos Dos Minutos del Odio comienzan con el semblante del enemigo siendo el foco de toda la furia del gentío y el nombre del antagonista suena de repente cada vez que sucede algún contratiempo que pueda despertar un mal que aceche a la ficticia paz que inunda Oceanía.

En la caracterización de esta especie de antihéroe, Orwell se basa en León Trotski, revolucionario ruso que se enfrentó al régimen estalinista y al cual el propio Stalin calificó de traidor y expulsó de la Unión Soviética. El escritor polaco Isaac Deutscher, que publicó biografías tanto de Trotski como de Stalin, afirma que *Teoría y práctica del colectivismo oligárquico*, libro ficticio en 1984 cuya autoría se le asigna a Goldstein, “fue concebido como una clara paráfrasis de *La revolución traicionada*” (1969), obra en la que Trotski expone su análisis del devenir de la política rusa tras la muerte de Lenin.

Fuera como fuese, el novelista británico consigue trazar una identidad en la que podrían encajar muchos de los adversarios políticos de Occidente de las últimas décadas. Algunos historiadores contemporáneos comparan al jefe de la

Hermanidad con Osama Bin Laden e incluso con Saddam Husein, con una clara diferencia: al contrario que en los casos del célebre mandamás de Al Qaeda y del dictador iraquí, la batalla contra las traiciones de Goldstein nunca debe terminar.

Al igual que ocurre con Trotski, al cual se representa en la propaganda estalinista como el instigador de todos los sabotajes y complots contra la Revolución Rusa, Goldstein es la diana a la que apunta toda la comunicación negativa del Partido. Tal es así, que, visto a la inversa, con Trotski sucede una especie de *control de la realidad*: al convertirse en principal contrincante del régimen, se manipula su pasado político para amoldarlo a la nueva verdad en la que ya no es un ídolo de la Revolución, sino el más grande traidor de la Unión Soviética, llegándose incluso a borrar su imagen de fotografías en las que se dejaba ver junto a Vladimir Lenin.

Es el mismo *control de la realidad*, ya estudiado en el punto anterior, la principal arma propagandística del gobierno oceánico. En un sistema tan hermético, es relativamente sencillo manipular toda la información desde el Ministerio de la Verdad, siempre que sus miembros sean completamente fieles a los valores del Partido, ya sea por adoración o por maestría en el arte del *doblepensar*. En nuestro mundo, globalizado, plenamente conectado y en el que el intercambio de información es constante y presuntamente libre, es necesario ir un paso más allá: no basta con el control, sino que se debe pasar a la *creación de la realidad*.

Esa realidad alternativa se sustenta en la falsa sensación de libertad que se le otorga al ciudadano. El individuo recibe información continuamente por múltiples canales en los que, gracias a la irrupción de Internet como “el medio definitivo”, llega incluso a interactuar, sintiéndose un protagonista auténtico de lo que acontece en la esfera política, social y cultural, cuando realmente su status se acerca más al de un esclavo de una cultura de masas que ha sido instalada en el imaginario popular de forma totalmente artificial.

A diferencia de *1984*, en nuestro universo, el *establishment* no se limita a censurar la información que no concuerda con sus objetivos sociopolíticos y a señalar a sus instigadores como desertores, sino que consigue convertirla en un arma más de control de la población: se instauro o se permite la creencia de

que existe un aparato antisistema que lucha secretamente en contra de la injusticia o la desigualdad (*Anonymous*, movimiento antiglobalización), cuando en realidad no existe rebelión alguna capaz de dañar notablemente a la élite financiera que domina el mundo.

La población recibe constantemente un volumen de datos superior a su capacidad de atención y de memorización en el fenómeno conocido como *sobreinformación* o *sobrecarga informativa*, el cual provoca que la persona en cuestión cuente con demasiados datos como para tomar una decisión o permanecer al tanto de un determinado tema. Esto, unido a que la única verdad es la que es contada por los medios, lleva a una paradoja similar a la del tercer eslogan del Ingsoc: la ignorancia es, pues, fruto de la información.

La forma de actuar de los medios de comunicación contemporáneos, al servicio de corporaciones y de gobiernos, es idéntica a la del Ministerio de la Verdad orwelliano y se reduce a una sola palabra: manipulación.

En la novela, Orwell hace una clara referencia a la URSS a la hora de plantear un estado que falsifica las cifras para que el pueblo tenga la percepción de que el número de alimentos crece cada año o que las viviendas se encuentran en mejor estado, cuando verdaderamente el mismo Winston Smith se lamenta en ocasiones por la mala calidad del café, las casas derruidas de los barrios de los *proles* o la mala gestión del transporte público. En el mundo sujeto a la cultura mediática de masas, las estadísticas están a merced del que las divulga e incluso los números que arrojan los estudios científicos dependen de los objetivos económicos de aquellos que los han encargado.

Los medios no sólo controlan la información, sino que la crean y deciden el tono con el que la anuncian. En este sentido, nunca ha existido arma de control social más poderosa que el terror. El miedo a un enemigo físico o irreal (Goldstein), a una corriente ideológica que pueda amenazar con derrumbar los pilares sobre los que se asienta la sociedad (Hermandad), a una potencia extranjera que sea capaz de invadir la patria (Eurasia, Asia Oriental)...el llevar al ser humano al estado de pánico es la mejor forma de poder someterlo. Y, para la consecución de ese dominio, es crucial el canal por el que se transmite el mensaje, la noticia, la nueva verdad.

En nuestro mundo, los telediarios, el punto de encuentro entre la alta esfera generadora de información y los ciudadanos, podrían ser considerados, tirando de nomenclatura orwelliana, los *30 minutos del miedo*.

4.4 *Proles y ciudadanos, libertad y mentira*

La sociedad oceánica imaginada por Orwell se divide en tres grandes clases: el Partido Interior, el Partido Exterior y los *proles*.

En el Partido Interior se encuentra la aristocracia y en el Exterior el aparato burocrático, entre los que están los trabajadores de los cuatro ministerios. Con todo, es en los *proles* en los que Winston Smith, perteneciente al segundo grupo, centra su atención en numerosas ocasiones a lo largo de la trama.

Los *proles* son considerados animales por los altos mandos de un Partido que les permite seguir sus normas ancestrales siempre que no supongan una molestia para el funcionamiento del Estado. Se distraen con el cine, el fútbol, la cerveza y, sobre todo, con la lotería, no se les reprime sexualmente y no se les prohíbe el divorcio e incluso en algunos casos las creencias religiosas. Los *proles* son ignorados por la alta esfera; no se les adoctrina con los ideales del Ingsoc, ya que podría ser peligroso para la nación el despertar sentimientos políticos más allá de un patriotismo puntual en casos en que se necesite que doblen sus horas de trabajo.

La analogía con nuestra cultura mediática la expresa el sociólogo estadounidense Neil Postman en su novela *Divertirse hasta morir*:

En general, la política, la religión, las noticias, los deportes, la educación y el comercio se han transformado en accesorios simpáticos del mundo del espectáculo, sin que haya habido protestas o la gente hay sido consciente de ello. El resultado es que somos un pueblo al borde de divertirnos hasta la muerte.

(1991: p.8).

Sin embargo, Winston ve a los *proles* como los verdaderos hombres libres y llega a afirmar que “ellos son seres humanos, nosotros no”, refiriéndose a sus colegas del Partido Exterior. Smith considera que los *proles* disfrutan la

verdadera libertad porque no están sujetos al control y a la vigilancia que sufren tanto él como sus semejantes. La famosa frase “los *proles* y los animales son libres” es repetida varias veces a lo largo de la obra, dando muestra de una visión un tanto humanista con la que Orwell imagina a este grupo al cual, técnicamente, trata como si de un único personaje se tratase.

Son los *proles*, que constituyen el 85% de la población de Oceanía, la verdadera esperanza para el hombre, según Winston, que confía en que algún día se sublevarán y conseguirán cambiar el curso de la historia para siempre. No obstante, el propio Smith termina percatándose de que su observación no es más que un deseo, casi utópico, que se resume en este pequeño extracto: “Hasta que no tengan conciencia de su fuerza, no se rebelarán, y hasta después de haberse rebelado, no serán conscientes. Este es el problema” (Orwell, ob.cit., p.79).

Son seres que viven ajenos a lo que ocurre en el mundo político. “Los *proles* cantan”, son felices. Están fuera de un sistema que reprime cualquier conducta no acorde a los valores que predica el Partido.

En nuestra realidad, la división social arroja una clara diferencia: la inmensa mayoría de la población correspondería más bien al segundo grupo (Partido Exterior) y, en términos democráticos, serían nombrados *ciudadanos*. En otras palabras, no existe una colectividad que viva ajena al sistema a la vez que convive con los que sí son parte del mismo.

Si bien Winston anhela el carácter libre de los *proles*, el *ciudadano* envidia en cierto modo a las tribus africanas o a los indígenas americanos por estar totalmente alejados de una estructura global que, al igual que ocurre con los miembros del Partido Exterior, obstaculiza la verdadera independencia del individuo. Ellos son los verdaderos hombres libres porque son los únicos que han podido mantener sus costumbres ancestrales, porque su civilización ha perdurado, mientras otras tantas han sido absorbidas por la cultura mediática artificial.

El *ciudadano* es ciertamente esclavo de una cultura mundial que sí mantiene una semejanza con la de los *proles*: el **entretenimiento** como forma de

distracción masiva de los problemas que influyen directamente sobre su vida y como generador de una falsa sensación de libertad.

El escritor británico piensa en Stalin cuando crea al Gran Hermano y en Trotski cuando hace lo propio con Goldstein. No se aleja de la Rusia de la primera mitad del siglo XX cuando concibe el concepto del personaje que representa al colectivo de los *proles*, los cuales están claramente inspirados en el proletariado soviético que impulsó la Revolución de 1917 que terminaría triunfando e instalando el leninismo.

El *prole* es, por tanto, reflejo de un habitante de un sistema comunista, mientras que el *ciudadano* lo es de un sistema capitalista y de una sociedad de consumo. Ambos son esclavos del entretenimiento, del alejamiento de la esfera política, pero la libertad del *prole* es en cierto modo real, mientras que la del *ciudadano*, inmerso en una cultura global impuesta y artificial, en un mundo en el que los únicos valores de intercambio sociocultural entre las personas son el dinero y los bienes de consumo, es inevitablemente ficticia. Es una mentira.

En nuestro mundo, la libertad es una falsa sensación provocada en parte por el desarrollo de la tecnología y las comunicaciones y por las inmensas posibilidades de consumo que el sistema ofrece. El simple hecho de que cualquier persona de clase media tenga la posibilidad de viajar al otro extremo del planeta demuestra que el ser humano puede considerarse relativamente autónomo siempre que se ajuste a los principios de la organización sociopolítica mundial.

En la dictadura de la economía, sólo el capital puede ofrecer independencia al individuo que dispone de él. Y, si el capital sirve para adquirir bienes, la conclusión es manifiesta: la libertad es el consumo.

5. EL CASO DE GOOGLE: EL GRAN HERMANO INESPERADO

La publicación de *1984*, obra clave en la historia de la novela política, provocó un gran debate en la sociedad que se sucedería durante décadas. La figura de un ente misterioso que controlara cualquier movimiento del ciudadano se antojaba una pesadilla que el mundo debía evitar a toda costa. *El ojo que todo lo ve* pasó a formar parte del imaginario popular y la Guerra Fría contribuyó a acrecentar el temor entre la población por un futurible estado totalitarista en el que la élite conociera cualquier aspecto de la vida del individuo de a pie.

Llegó el año en el que Orwell fijó la trama de su narración y el mundo parecía estar muy lejos del fantasma totalitarista que el autor inglés había, según algunos, profetizado y, según otros, advertido.

No obstante, a finales de la década de los 90, volvió a aparecer el espíritu del Gran Hermano en forma de polémica en la opinión pública. El desarrollo de las técnicas de vigilancia de los servicios secretos de EE.UU., Reino Unido o Rusia ya había despertado cierto pavor entre la población, pero fue la llegada de la videovigilancia por circuito cerrado a Londres lo que avivó la controversia: la gente se veía cada vez más cerca de habitar en una sociedad en la que sus movimientos fueran observados y estudiados. La preocupación se acabó diluyendo y sustituyendo por otras de mayor índole, sobre todo, tras los atentados del 11 de septiembre en Nueva York.

El desarrollo tecnológico no cesaba y la irrupción de Internet terminó suponiendo la explosión definitiva. El avance de la ciencia y, sobre todo, las telecomunicaciones era imparable a principios del siglo XXI, pero nadie fue capaz en ningún momento de atisbar lo que estaba por llegar: el perfeccionamiento del ojo orwelliano no se presentaría a modo de circuito cerrado de televigilancia impuesto por los gobiernos, sino con teléfonos inteligentes y sistemas de comunicación implantados por empresas privadas y a los que los usuarios accederían de forma voluntaria.

La sensación de autonomía que origina en el individuo el estar conectado con cualquier parte del planeta las 24 horas del día era incapaz de impedir un nuevo debate: los rumores sobre las malas prácticas en la gestión de datos de plataformas como Facebook, Twitter o Gmail y las informaciones que apuntaban

a la venta de los mismos a organismos como la CIA terminarían provocando que, de nuevo, la gente se sintiera observada por sus gobiernos.

La sombra de la posible aparición de un Gran Hermano que vigilara a todos siempre provocó temor entre la ciudadanía, pero la sociedad esperaba que este se manifestara en forma de ser humano, de líder autoritario en un sistema político totalitarista. Pero, en un mundo capitalista, en el que la economía se encuentra por encima de las esferas política, social y cultural, ¿en qué aspecto se mostraría la susodicha cabeza omnisciente si no en el de una empresa multinacional cuyo poder se extendiera hasta límites cercanos al monopolio?

Hoy en día, el mercado global lleva las riendas de todo lo que ocurre en el mundo; la economía es la base sobre la que se sustentan las esferas política, social y cultural. Y, en el planeta económico inmiscuido en la era de la comunicación, Internet supone la autopista en donde transcurre todo el tráfico de información que afecta a las relaciones actuales entre los seres humanos.

¿Qué pasaría si una sola corporación gestionara prácticamente la totalidad de los datos que se intercambian en la era de la información? ¿Y si usaran esos datos para beneficio propio, para perpetuar su poder en el sistema económico en el que se alberga? ¿Acaso ese ente no sería lo más parecido al Gran Hermano dadas las circunstancias mundiales del presente?

Esa empresa existe y es conocida por todos: es la estadounidense **Google**, con sede en Mountain View, California y fundada en 1998 por Larry Page y Serguéi Brin.

Lo que al principio se reducía a un simple buscador en *la red* acabó convirtiéndose en un modelo de negocio que no para de crecer y que arrasa con todo lo que encuentra a su paso. El mundo depende de Internet e Internet se encuentra a merced de Google, que recopila datos sobre cualquier persona conectada a la *world wide web* en cualquiera de sus formas y que, puede llegar a conocer cualquier aspecto de nuestras vidas.

Son muchos los ciudadanos que temen que el poder que pueda alcanzar la compañía norteamericana la lleve, no sólo a conocer, sino a controlar cualquier aspecto de sus vidas. Las críticas, que comenzaron cuando se descubrió que

Google había colaborado con los servicios de espionaje británicos y estadounidenses y se endurecieron cuando la prensa internacional publicó las filtraciones del ex empleado de la CIA Edward Snowden sobre los conocidos como *datos acerca de la vigilancia mundial*, no han cesado en ningún momento, pero apenas han inquietado a la gigante californiana.

Los planes de futuro de la multinacional americana revelan las verdaderas intenciones megalómanas de la misma. Y es que Google ya no sólo pretende intervenir en la vida social o profesional de las personas, sino que ahora también quiere adentrarse en sus casas. Con vistas a ello, adquirió en junio de 2014 Dropcam, firma de fabricantes de cámaras inteligentes para el hogar, en una clara apuesta por el negocio de la vivienda inteligente en la que todo es dominado por la electrónica.

Sin embargo, el más temible de sus proyectos es sin duda el llamado *iGoogle*. Se trata de un sistema que combina el perfil genético del usuario con los datos ofrecidos voluntariamente por él mismo para ayudarle a decidir qué hacer con su tiempo libre, con el propósito oculto de generar la mayor base de datos que jamás haya existido.

En definitiva, se trata de una nueva categoría de control social, dirigida al plano en el que la humanidad se mueve en esta época: el del intercambio constante de información entre estados, instituciones, compañías y personas.

6. CONCLUSIONES

El análisis de *1984* y la comparación de la trama del mismo con la realidad actual arrancan desde un punto de partida en el que se atisban claramente numerosas diferencias entre la distopía que Orwell idea y la situación política a nivel mundial del presente.

A partir de aquí, se aprecian varias circunstancias que sí son similares y se observa que ambas situaciones confluyen hacia un mismo punto, que es ni más ni menos el motivo de la obra: la crítica de carácter universal del autor británico hacia todo tipo de totalitarismo.

La época en la que fue publicada la novela se caracterizaba por ese clima pesimista que había dejado la Segunda Guerra Mundial en el que existía un temor extendido en la población occidental hacia un nuevo tipo de absolutismo, fuera cual fuese la forma en la que este se expresase. En esa coyuntura, Orwell refleja su pensamiento político en su más conocida creación, inspirada claramente en los acontecimientos del momento, hecho que provoca que muchos de los aspectos de la novela sean prácticamente traducciones de sus equivalentes de la etapa en la que vio la luz.

Uno de los conceptos que tiene un correspondiente más directo en nuestro presente es el de la *neolengua*, la lengua que pretende asentarse en la Oceanía orwelliana para disminuir el vocabulario con el objetivo de convertir al individuo en un ser inútil, incapaz de pensar por sí mismo. Su parecido más manifiesto es sin duda el llamado *lenguaje SMS* que muchos jóvenes utilizan a la hora de comunicarse, pero la cosa va más allá: la cultura mediática bajo la que vive nuestra sociedad crea, destruye y alterna realidades y el ciudadano se muestra incapaz de nombrar términos o pensar en ideas que no hayan sido implantadas o permitidas por los *mass media*.

El hecho de que a simple vista el estado sociopolítico mundial que Orwell proyecta diste bastante del actual ocasiona una aminoración del terror hacia el surgimiento de un nuevo Gran Hermano. No obstante, el análisis depara que el hecho de que la humanidad, siempre abstraída por el presente, se muestre inconsciente e ignore las pequeñas revoluciones que se producen en su día a

día, puede significar una disposición más peligrosa si cabe que la imaginada por el novelista inglés.

El rechazo extendido a toda clase de totalitarismo político ha asentado las bases para que se instale otro tipo de tiranía: la económica. La libertad de actuación siempre desencadena en el extremismo del liberado, ya sea sobre un escenario político (Gran Hermano) o económico (libre mercado).

Ambas realidades sociopolíticas se muestran como frutos de la radicalización de cada uno de los universos paralelos en los que subsisten: la distopía oceánica se presenta como el sistema comunista llevado al extremo, mientras que, en nuestro mundo, al final de la radicalización del capitalismo, se encuentra la dictadura de la economía. No sólo eso, sino que la tesis vigente prevé un futuro aún más desalentador: se tiende a una situación mundial en la que unas cuantas multinacionales dominen todo el sistema económico, dejando el planeta a merced de unas pocas manos que se hagan con las riendas del mismo.

Esto conduce a tres conclusiones que se retroalimentan entre sí mismas.

La primera conclusión es que todo orden mundial llevado al extremo es peligroso y que George Orwell supo advertir a la humanidad de ello a pesar de desconocer el plano político-económico en el que la misma se situaría unas cuantas décadas después de la publicación de *1984*.

La segunda se descubre en forma de pregunta que será contestada con el paso del tiempo: ¿llegará la sociedad a vivir una especie de totalitarismo económico de carácter incluso más voraz en el que sus ciudadanos vivan sometidos al mismo nivel que los de la Oceanía orwelliana?

Finalmente, cabe preguntarse si existirá algún día un tipo de absolutismo más voraz, casi perfecto, en el que arriba de la pirámide se encuentre, no un ser humano o divino, ni siquiera un sistema tecnológicamente avanzado controlado por el hombre, sino un ente que actúe de forma totalmente automática y que no responda a códigos éticos o naturales, sino electrónicos.

7. ANEXOS

7.1 Revisión de eslóganes

Dado el carácter comparativo del trabajo, se antoja necesario hacer una revisión de los eslóganes que le dan sentido a la propaganda del Ingsoc. A lo largo del texto, se han ido detallando las analogías que desembocan en las nuevas consignas orwellianas adaptadas a nuestro universo.

Se ha utilizado la tipografía Akron, que evoluciona a partir de las utilizadas por la propaganda rusa en la primera mitad del siglo XX, pero con esa pincelada tecnológica que le imprime un toque contemporáneo.



WAR IS ECONOMY

LA GUERRA ES LA ECONOMÍA



FREEDOM IS CONSUMPTION

LA LIBERTAD ES EL CONSUMO



IGNORANCE IS INFORMATION

LA IGNORANCIA ES LA INFORMACIÓN

8. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARGULLOL, Rafael (2012): “Profecías (1984, 2001, 2019)”, en *El País Cultura*.

[Consulta: 12.08.2014]:

http://cultura.elpais.com/cultura/2012/08/29/actualidad/1346232986_102655.html

BONILLA, Juan (2014): “Treinta años después, la vigencia de Orwell estremece”, en *El Cultural*. [Consulta: 12.07.2014]:

http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/34141/1984

BRADBURY, Ray (2008): *Fahrenheit 451*. Barcelona: Minotauro.

CHOMSKY, Noam (2009): *Los guardianes de la libertad*. Barcelona: Crítica.

DEUTSCHER, Isaac (1969): *Trotsky, el profeta desterrado: (1929-1940)*. México

D.F.: México Era.

DOMENACH, Jean-Marie (1986): *La propaganda política*. Buenos Aires: Eudeba.

FUKUYAMA, Francis (1992): *El fin de la Historia y del último hombre*. Barcelona: Planeta.

GARTON ASH, Timothy (2013): “El Gran Hermano con la ayuda de Google”, en *El País Opinión*. [Consulta: 21.08.2014]:

http://elpais.com/elpais/2013/06/28/opinion/1372411847_928983.html

HUXLEY, Aldous (1995): *Un mundo feliz*. Barcelona: Plaza & Janés.

MATTELART, Armand (2009): *Un mundo vigilado*. Barcelona: Paidós.

ORWELL, George (2009): *1984*. Barcelona: Destino.

ORWELL, George (2007): *Rebelión en la granja*. Barcelona: Destino.

PETRAS, James et. al (2006): *Imperio con imperialismo: La dinámica globalizante del capitalismo neoliberal*. México D.F.: Siglo XXI.

POSTMAN, Neil (1991): *Divertirse hasta morir*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad.

ZAMIATIN, Yevgueni (2005): *Nosotros*. Zaragoza: Prames.